

AMBROSINI, CRISTINA.; MOMBRÚ, ANDRÉS.; MÉNDEZ, PABLO.
Nietzsche y la Ciencia: Modulaciones epistemológicas III. 1era Edición. Remedios de Escalada: Edunla, (2016)

La crítica *epistemológica* de Nietzsche a la ciencia es una declaración de guerra. Lo advierte Cristina Ambrosini en su prólogo a la presente obra, lo constatamos en cada página. Ciencia, ética, política y arte eran regiones cuyos puentes de comunicación habían sido prolijamente desmantelados para erigir la autonomía científica como único modo de fundamentación racional. Esta operación del incipiente positivismo fue el motor que legitimó a la ciencia como discurso destinado a hegemonizar a todos los otros, en especial a los que estaban constituyéndose (el ejemplo es la sociología). En contra de la tradición logocéntrica que en este libro es interrogada, Nietzsche valora la mentira sobre la verdad. Frente a frente con la pulsión taxidermista que encontraba en su época modos y métodos, presentó una encarnizada batalla: *la esencia de la verdad consiste en una evaluación.*

La condición que funda Nietzsche para la ciencia y que aquí es reivindicada es la del perspectivismo que intensifica la vida: toda evaluación es la expresividad de condiciones de conservación y crecimiento; el nihilismo decadente ha de ser reemplazado por nuevos mitos que aseguren una nueva cohesión para la experiencia. Las consecuencias ético-políticas que extrae Nietzsche de su concepción epistemológica nos siguen interpelando: la vida es voluntad de poder, no solo voluntad de supervivencia sino voluntad de superación, porque la vida habla el lenguaje de la verdad a través del error. Si no hay voluntad de poder en la ciencia, entonces hay “humanismo cristiano”. La ciencia conocida por Nietzsche es denunciada como síntoma de una enfermedad, como un gran malentendido. Es necesario concebir otra que se presente como *medicina*: como estímulo y freno de la decadencia; una actitud compensatoria para el saber que ha hecho del ser humano un *animal de cría*.

Esta es la tarea que se aborda en este libro. En la primera parte, “*El martillo como herramienta epistemológica*”, nos encontramos con un diálogo imaginario entre Nietzsche y Darwin, en el cual Cristina Ambrosini y Manuel Alonso offician de *mediums*. Frente a las acusaciones de mecanicismo y teleologismo del primero, el objetivo es darle al segundo la oportunidad de contestarle que no tuvo en vida. Alejandra Gabriele nos recuerda que a Gaston Bachelard le inquietaba, tanto como a Nietzsche, la insensibilidad que supone el interés por simplemente “leer y releer generalidades” que se naturalizan hasta convertirse en verdades. Así, relata en primera persona la experiencia de pensar con las metáforas de herrería de estos dos epistemólogos, advirtiéndonos que su fuerza sensible es capaz de destruir los propios criterios de orden con los que intentemos abordarlos. Por su parte, Julieta Bareiro propone un camino de lectura entre Nietzsche y Freud, porque ambos permiten comprender el revés de la trama del saber en la Modernidad. Así, con María Teresa García Bravo podemos seguir las consecuencias que los martillazos de Nietzsche dejaron en la historia de la filosofía, que se podrían enunciar como “descaro”. La problemática que desde Nietzsche queda planteada entre subjetividad y enunciación es abordada a su vez por Roxana Ynoub para proponer que es el concepto de “apropiación” el que encierra las claves del verdadero alcance de la teoría enunciativa.

En la segunda parte, “*Para una ética de las rupturas y de las ‘convergencias’*”, Mónica Cragnolini toma como punto de partida la indicación nietzscheana de cómo podría

estudiarse la moral humana a partir del trato que damos a los animales. En la época actual, las metodologías científicas ejemplifican el aprendizaje pendiente en la habitualidad del cuidado apropiativo de la vida del otro-animal: pensemos en los ratones cuya vida transcurre íntegramente en un laboratorio. Sin embargo, no son solo las metodologías de las ciencias experimentales el objeto de crítica: hay una autocrítica desde las humanidades desplegada por Horacio Potel, quien desnuda las anticipaciones de sentido como lo haría Derrida. Si bien las tesis se escriben muchas veces contra el Logocentrismo, también se hacen de modo metafísico, como si la Idea estuviera más allá de su concreta escritura. El modo en que opera la razón en Nietzsche es el antídoto que recupera Andrés Mombrú. Se trata de una racionalidad que se angosta para conformar una unidad con la pasión, el sentimiento y la emoción. Es por ello que aparece en su obra desgarrado por aporías de las que intenta liberarse y liberarnos. Algunos filósofos, afirma Mombrú, tratan de apaciguarse construyendo sistemas, “relatos ensoñados en donde la esperanza es el ideal de perpetuación”. Otros, como Nietzsche, se abisman en las contradicciones del deseo, que no tiene límites porque es, primero que nada, deseo de sí.

La tercera parte, “*Melodías Nietzscheanas*”, contiene una periodización de la obra de Nietzsche por parte de Miguel Ángel de Barrenechea, en la que muestra cómo sustentó tesis diferentes respecto de la ciencia pero en la misma tarea filosófica: determinar *el valor de los valores*, necesaria en una época de ascetismo decadente. Contra lo reflexionado por Nietzsche, muchas veces la ciencia se deja apresar por el ideal ascético y buscar “la verdad” para “condenar la ilusión”. Al respecto, Michael Schwab sugiere que Nietzsche fue una voz necesaria para salvar el proyecto artístico romántico, que había sido capturado por la función metafísica del arte. Gracias a él y a su transformación de la epistemología y la ontología, los artistas-investigadores pueden tensar la relación con el conocimiento, porque Nietzsche se ha convertido en una referencia filosófica para sus acrobacias intelectuales. Para cerrar, Paulo de Assis se pregunta si fue la música el hogar de “la esencia profunda de su ser”, como declarara a Malwida von Meysenbug. Se trata de una especulación que no tendrá jamás una respuesta, ni filosófica ni biográfica ni fisiológica siquiera. Solo nos queda explorarla creativamente en proyectos e investigaciones artísticas, tal como hicieron representantes del Orpheus Institute de Gante, Bélgica, durante el Congreso Internacional “Nietzsche y la Ciencia” en la performance “El fragmento en sí mismo”, para voz, piano, electrónica y proyección.

La última parte de esta obra polifónica se titula “*Las políticas de la vida y la vida como política*”. En ella, Pablo Méndez despliega la experiencia que Nietzsche abrió para Michel Foucault: el poder, la posibilidad de pensar la dimensión del saber y las prácticas de subjetivación. El pensamiento de ambos señala hacia nosotros mismos, ya que muestra que no tiene por qué admitir el fondo o los límites de la conciencia. Julio César Sepúlveda Carvajal asume que las imbricaciones de lo social, lo biológico y lo tecnocientífico muestran una nueva articulación en la relación individuo-especie, una tecnología de gobierno para las poblaciones. De estos estudios surgen líneas de sentido para los problemas urbanos contemporáneos que Jorge Alejandro Martínez particulariza en el control del espacio. En la línea de indagaciones abierta por Nietzsche, Foucault piensa la tarea filosófica como el desenmascaramiento de las interpretaciones sedimentadas que permite una intervención en la actualidad. La noción de *dispositivo*, analizada por Hugo Alazraqui, apunta en esa dirección. Fundamento legitimador de la moderna esfera política, el positivismo criticado por Nietzsche es el ideal al que adscribe José M. Peralta Ramos, intelectual prominente en

nuestra tradición nacional. Esta adhesión es explorada por Mauro Ezequiel Scivoli en el último tramo del libro.

Este volumen, que fue pensado como compilación de los trabajos presentados en el congreso internacional “Nietzsche y la Ciencia”, maduró durante el año 2015 en forma paralela al duelo por la partida de nuestros maestros. Quedará entonces como homenaje a quien nos enseñara que la conflictividad ha de ser nuestro *a priori* y que no podremos huir de él con racionalizaciones científicas; así como a quien supo hacer de su propia vida una obra de arte, tal como hubiera agradado a Nietzsche.

ORIANA COSSO